

dernas referentes á la maternidad, no me guió otra razón si no la de encontrarla desprovista de pegadizas ó transitorias aplicaciones, concretada íntegramente á su condición esencial. Era lógico, por tanto, que se hallaran sobre todo representaciones del amor maternal en la mujer del pueblo, en la hembra humilde hecha al sufrimiento y al infortunio que la acercan más al hijo y le remueven más hondamente las ansias de amarlo y protegerle.

Así, esta *Madre artesana* de Joaquín Suñer, el pintor catalán que con tan exacto y emotivo interés interpreta la mujer de su tierra. Las maternidades de Suñer están saturadas de la ruralidad, de la sana y austera fortaleza agraria que el artista gusta de respirar. Pocos pintores de tan honesta y serena sensualidad como Suñer, incluso en sus desnudos femeninos. Se siente correr la vida noblemente á través de esas carnes de adolescentes y de esos rostros, esos brazos y esos pechos desnudos de campesina que sostiene á su hijo en el regazo.

La *Madre pescadora*, de Hans von Bartels, tiene, en cambio, la inquietud grandiosa que anima la obra del pintor alemán. Hans von Bartels es el intérprete de los tumultuosos mares del Norte. Las costas del Báltico, las luchas de los holandeses con su enemigo tradicional le son familiares. Hijas, esposas de pescadores son sus modelos favoritos. Madre de futuros pescadores también cual esta fuerte feminidad que rostro al viento y espalda al agua oprime contra su pecho al hijo y mira, con sus ojos claros, cómo viene hacia ella su hombre dispuesto á hacerse á la mar en ese juego diario con la muerte.

Una holandesa también es esta del lienzo *Madre é hijo*, de Alberto Neuhuijs, que se conserva en el Museo de Buenos Aires. Aquí la mujer acecha el retorno detrás del cristal de su ventana, en uno de esos interiores de Holanda donde todavía parece vagar la sombra de Rembrandt. Alberto Neuhuijs es uno de los más melancólicos, de los menos ostentosos pintores holandeses. Ama las gentes sin fortuna ni alegría, los interiores pobres, las escenas de resignación y trabajo. En este cuadro le hallamos plenamente expresivo.

¡Qué salto tan enorme desde ese interior agobiado de crepúsculo y de pobreza, cerrado al aire inclemente de fuera, á este bienestar físico de la madre y el hijo desnudos que José de Togores ha pintado después del baño al aire libre y caricioso de una mañana estival! Si las otras maternidades evocan la de María, ésta hace pensar en Afrodita, madre de Cupido. Un sentimiento de misticismo católico expanden aquéllas; serenidad pagana, armonía clásica, noble arrogancia de las formas no destruídas aún por demasiados tributos á la especie, esta hermosa mujer



«Ternura india» escultura de Rómulo Ruzo

reposando rostro al cielo y secando al sol sus carnes húmedas de la caricia mediterránea.

Dos artistas italianos se reúnen casualmente en una misma plana, siendo tan opuestos de credo estético y de técnica pictural: Ferruccio Ferrazzi y Ardengo Soffici. El lienzo de Ferrazzi obtuvo un primer premio en la Exposición Internacional de Pittsburgo el año 1926. El artista ha retratado en él á su esposa y á su hija. Ha sabido darle al grupo una suave reminiscencia religiosa que encuentra bien propicia la verticalidad alargada de las proporciones y del fondo arquitectural. Hay algo, efectivamente, de virgíneo en la figura de la esposa con su túnica casta y larga, con su rostro triste y su actitud hierática. Hay algo de *Niño Jesús* vestido por la piedad meridional en la hija que avanza sostenida por su madre de la mano derecha y llevando en la izquierda un pincel, como pudiera llevar una vela rizada de fiesta de pascua. (¿Acaso no es con este pincel con el que su padre enciende las luminarias del color en los altares de sus cuadros?)

El cuadro de Ardengo Soffici lo conocimos aquí en Madrid, en la Exposición Italofrancesa que organizó la Asociación de Pintores y Escultores. Otra vez la maternidad humilde, la madre artesana, las ropas usadas y oscuras, los gestos fatigados, las actitudes resignadas y el único tesoro del hijo resplandeciente entre las manos que deformaron y enrojicieron las bajas faenas de cada día.

Junto á estos cuantos lienzos he querido colocar cuatro esculturas. Ratifica así su carácter de exposición íntima este *Escolio* de hoy, donde se han distribuído las obras en cuatro planas, como en cuatro pequeñas salas...



«La madre», escultura de Paul Dubois

*Ternura india*, de Rómulo Ruzo, un joven estatuero colombiano, eleva otra vez hacia la iconografía mariana la sencillez del tema. El tocado indígena añade la idea plástica de la doble corona en la imagen virginal é infantil. Diríase, además, que el acierto compositivo tiende á la *demonstración* del Niño Jesús, que al tiempo de acariciar el rostro materno bendice á la Humanidad invisible.

Después de la estatua en mármol y en bronce, con su aire recogido y sagrado de icono de otro siglo y otra civilización, este desnudo del belga Paul Dubois, dotado de gentilísima elegancia, ó esta encantadora talla en madera del español Juan Adsuara, que tiene el ritmo vivo de una estatuilla tanagrana, y que reproduce la feliz alegría de una madre joven llevando á cuestas á su hijo.

Bronce sonoro, mármol suntuoso, madera cálida y sensible como cuerpo joven de carne morena, llevan á esta elegiaca amargura de la piedra donde se esculpió la suprema tragedia del alma femenina por uno de los grandes escultores españoles: Victorio



«El nene á cuestas», talla en madera de Juan Adsuara